

EL PAPAMOSCAS Y SU TIO,

PERIODICO DE LOS POBRES.



Reflexiones filosóficas de Papamoscas.

Tal vez estrañarán nuestros lectores, atendiendo á la imbecilidad con que Papamoscas se presentó en la escena periodística, que ahora se descuelgue haciendo reflexiones filosóficas; pero como nada hay que instruya mas que la práctica, y como D. Cenon es hombre muy mediatundo, que todo lo comenta y á todo le busca su revés y derecho en las contiñas contiendas que tiene con su sobrino, no es de estrañar que éste haya sacado los pies de las alforjas, como solemos decir, y se nos venga de vez en cuando con algunos toquecillos muy agenos al parecer del carácter que desempeña. Así es, que noches atrás, cuando despues de cenar habia ya recibido la bendicion acostumbrada de su tio D. Cenon, se hallaba en su cuarto un poco desvelado, despojado de todos sus vestidos, sentado en un banquillo de bastidor, una pierna sobre otra y la mano en la barba, reflexionando de esta manera:

—Será posible, señor, que todo cuanto vemos, oimos y tocamos, sea á la inversa de lo que nos parece! que todo sea un engaño, una farsa, una ilusion y nada mas! Pues este, no es mi cuarto? yo, no soy Serrapio Papamoscas, sobrino de mi tio D. Cenon? Estos banquillos, esa mesa, esta cama, no están en perfecta tranquilidad? Esa luna que se vé

desde mi ventana, no camina desde levante á poniente lo mismo que el sol y todas las estrellas? Por qué dice mi tío que la tierra y todo cuanto contiene se mueve con una rapidéz extraordinaria; que el verdadero movimiento de la luna es de poniente á levante, y que el sol y todas las estrellas permanecen en los mismos puntos del espacio, sin que varíen unas respecto á otras, al menos de un modo que podamos percibir?

Cosa es á la verdad para trastornar el juicio, y si uno no estuviera viendo á cada paso unas contradicciones semejantes en los dichos y en los hechos de los hombres, no sería posible convencerse de ello. Pero cuando considero que nuestro vecino D. Pepito no deja la palabra libertad de su boca; que llama tiranos del pueblo á los ministros, que grita á voz en cuello por la igualdad, afeando terriblemente el despotismo, y en seguida viene á su casa con una cara de Neron, le tira las botas á su criado, á todos insulta por un quítame allá esas pajas, y esclaviza á su esposa, faltándola al mismo tiempo á todas las conserciones debidas:

Cuando veo al furibundo carlista D. Timoteo ayunar, y oír misas y sermones á todo trapo; quejarse de las continuas irreverencias, y de la falta de caridad para con el prójimo, y luego se enfurece como una serpiente porque su criada ha echado un poco mas de cisco en el brasero, mira con saña iracunda á los que muestran una opinion contraria á la suya, se regocija con las desgracias de estos últimos, y solo piensa de noche y dia en el exterminio de tantos padres de familia á quienes llama enemigos de su Dios, porque pertenecen á otro partido:

Cuando veo por la calle tantos hombres que parecen condes y marqueses en lo puído de sus vestidos, y despues sé que distan mucho de poderse comparar con un barrendero que gana el sustento de su familia haciendo un beneficio á sus semejantes:

Cuando considero que en la mayor parte de las cartas de recomendacion que dan los pedantes para los ministros, suelen poner alguna seña particular que significa, no haga V. caso: burlando de esta manera la confianza del pobre pretendiente:

Cuando por último consulto las obras de tantos escritores, y en ellas los veo desarrollar y defender opiniones que no profesan, no titubeo en admitir que el sol, las estrellas y la luna, verifican lo contrario de lo que nos parece, y mi incredulidad ha llegado á tal punto, que desconfío de cuanto me rodea; y cuando veo que sale el sol digo para mi sayo: quien no te conozca que te compre, que parece que nos alumbra, y tal vez estaremos ahora en una completa oscuridad. Si alguna vez me dirijo desde la puerta del Sol á la de Santa Bárbara, voy siempre temiendo que me he de encontrar en la de Toledo. Cuando me río juzgo que estoy llorando, y cuando veo á mi tío D. Cenon, creo á puño cerrado que lo que tengo delante es una doncellita esbelta, delgada de cintura y con unos ojos y una nariz tan delicada que me saca de mis casillas.

Tal es el estado en que me han puesto las contradicciones de los hombres, en sus palabras y en sus hechos. Nuestra necedad llega á tal punto, que á pesar de tantos y tantos ejemplos de contradiccion, abrazamos el engaño y nos pagamos de la baja adulacion, que tanto degrada al que la tributa como al que la admite; y si alguna duda tuviéramos de esta verdad, bastaria para admitirla, despues de los innumerables ejemplos que las circunstancias nos han presentado, tender la vista un breve momento por el cuadro que nos ofrece el periodismo. Quién no ha de creer de buena fé que lo que escriben ciertos y ciertos periodistas, son las ideas de su propio convencimiento? quién no ha de lastimarse de que

ciertos periódicos sean recojidos de cuando en cuando, como uno de ellos lo ha sido en esta última semana dos días consecutivos? quién ha de dudar que ese recojimiento ha sido efecto de la guerra franca y encarnizada que está haciendo á la actual situación? Y sin embargo, yo que me veo ya en el caso de dudar de todo, creo que muchos periodistas sientan la pluma *miserablemente* para expresar lo que rechazan con todo su corazón: no me duelo del mal de ese periódico castigado, porque no entreveo en ese castigo otra cosa que un *busilis malvado*, un cálculo digno de la hoguera. Sí; preciso es confesarlo, hemos llegado á un tiempo, al tiempo de los *vice-versas*, como decia un escritor contemporáneo, en que es necesario mirar todas las cosas al revés de como suceden: ¿quién no creará al leer el folletín de *El Herald* del domingo último que el almibarado jóven D. Ramon Navarrete ha salido para las provincias Vascongadas, y que por lo tanto *La Revista de Madrid* no puede estar escrita por él? nadie! Y sin embargo yo, Serapio Papamoscas, apostaría ciento contra uno á que el indicado artículo está escrito de puño y letra del Sr. Navarrete. ¿Quién dudará, al leer las comunicaciones de uno de los corresponsales de *La España* en la Granja, que el tal caballero es un pozo de ciencia? Así parece, y á pesar de ello no ojea otro libro que el *Diccionario de la lengua*, para poner en sus escritos todas las frases mas pomposas, mas desuadas, mas retumbantes que encuentran... pobre pais el nuestro, víctima del espolio, de la especulación y de la mentira! pobre nacion fascinada, que marcha impávida á su ruina, sin importársela un comino la traicion de los unos, ni las perversidades de los otros! pero qué me importa á mí tampoco todo eso? Durmamos, pues, que mañana será otro día.

Así diciendo, Serapio apagó la luz y se metió entre sábanas.

Disparates y no de Papamoscas.

Estaba D. Cenon muy acomodado en su poltrona, despues de haber atizado el fuego de su chimenea, comiendo una magnífica rebanada de pan untada en alioli, para fortificar su estómago, que tenia muy débil á consecuencia de las fuertes heladas del presente mes de Julio, cuando sintió pasos en la escalera y abrirse la puerta de repente al vigoroso empuje de una cox, mas bien que patada sacudida por la parte de afuera: su primer movimiento fue echarse mano á la berruga de la nariz, en donde sintió una aguda punzada ocasionada por un cuerpo extraño que cual una saeta vino á clavársele. Era el pestillo del picaporte que con la violencia del golpe saltó con tal fuerza que se habia clavado en el primer obstáculo que encontró. Sin embargo, tuvo la suficiente serenidad para mirar al causante de aquel estrago, que no era otro que su sobrino.

—Dios te perdone, animal en forma de sobrino; veo que por fin acabarás con mi vida, si por mas tiempo te tengo en mi compañía; ayúdame por caridad á sacarme este maldito clavo, y toma de seguida tu lió y luego la puerta.

Serapio, que se habia dejado caer en una silla en un profundo silencio, se levantó, cogió las tenazas de la chimenea, y se dispuso á obedecer el mandato de su tío. Concluida la operacion, que escedió sin costar nada, á la de la postura del labio del Sr. Toca, despues de haber liado en un faldon de una camisa la ensangrentada berruga, que quedó cual una muñeca grande de gracilla, tomó la palabra Papamoscas y empezó de este modo:

—Si en un acceso de acaloramiento he podido causar daño al mas acariciado de los tios, no ha sido mia la culpa, sino mas bien de las cosas y casos que continuamente se ven ó se palpan en este el mas feliz de los paises, y que muy bien pueden poner al hombre en el extremo que privó de la vida al oficial de ingenieros en la Granja.

D. Cenón, al ver la formalidad y el arrepentimiento de Serapio, olvidó sus dolores, y cogiendo á su largo sobrinito le sentó con cariño en sus rodillas, diciéndole:—Estás afligido y esto me prueba tu buen corazon: vamos, serénate y cuéntame como si nada hubiera pasado el motivo de tu acaloramiento. ¿Te ha mordido algun perro? has visto algun atropellamiento de coche? ó has presenciado alguna escena de arbitrariedad?

—Fatuloso tio, nada de eso me ha sucedido, ni me hubiera estrañado, cuando lo estamos presenciando diariamente. Lo que ahora me ocupa, me distrae, me acalora y me horripila, es una de aquellas cosas nunca vistas, imposibles de adivinar. Escúcheme V., y prepárese para no desmayarse.

A primeros de año se dispuso por el Gobierno que todos los comprendidos en la contribucion general de culto y clero pasasen á la depositaria del escelentísimo ayuntamiento á entregar las cuotas que por cuenta de las que se les señalase posteriormente, les marcaron á los contribuyentes, bajo los apremios y demás disposiciones al efecto. Los que obrando siempre de buena fé temieron ser vejados si llegaba el caso, acudieron presurosos á entregar las cantidades que se les pedian; pero otros mas morosos, ó que no temen nunca los procedimientos judiciales, se estuvieron quedos despreciando avisos y apremios, y riéndose en las barbas de los comisionados. Estos lo entendieron.

—Serapio, no te comprendo; pues creo que no es entenderlo dejarse embargar, como indudablemente lo harian, y ver dar sus muebles que valieron 8 por 2, como sucede en estos casos.

—Ya me figuraba yo que jamás ha sabido V. manejarse y que es V. un inocente tio; lo entendieron, sí señor, lo entendieron; y sino vea V. el resultado: en el Diario oficial de avisos de esta corte, del domingo 18 de junio, se lee una rectificacion del Excmo. Ayuntamiento, y su comision de reparto de contribucion de Culto y Clero, que despues de muchos preámbulos y guarismos, que entenderá unicamente dicha comision, concluye así: el ayuntamiento para cumplir lo que se le previene en la referida real orden (2 junio) ha verificado el reparto, y no habiendo tiempo para publicarlo de otro modo, todos los comprendidos en él podrán enterarse de la cuota que les ha cabido, en la oficina destinada á este fin, sita en el piso bajo de las casas consistoriales, teniendo entendido que los que han satisfecho cantidades á cuenta (entienda V. bien, tio), las verán deducidas de sus cuotas, *y por el resto, así como los que nada han pagado por el todo, disfrutarán de la rebaja del 70 por 100*, siempre que satisfagan el 30 por 100 de sus débitos en metálico en el plazo señalado (hasta 1.º de julio) en el real decreto de 21 abril último etc., etc. ¿Qué me dice V., tio sabio? qué le parece la rectificacion?

—La mas corpulenta de las atrocidades, el mas completo de los desatinos: quiere decir, que el ayuntamiento premia, rebajando un 70 por 100 del todo de sus cuotas, á todo contribuyente que se burló de sus avisos y amenazas de ejecucion, no pagando lo que se les reclamaba á cuenta por aquella contribucion; y al contrario, castiga al infeliz que á la primera insinuacion le faltaba tiempo para entregar su dinero, no haciéndole la rebaja de aquel beneficio, mas que en las cortas cantida-

des que les resta que pagar. Esto es absurdo, y creo que el gobierno tomará en consideración...

—Necedad, tío: quien debe tomarlo en consideración son los contribuyentes para en otra ocasión no tomarse cuidado por los apremios y avisos de ejecución, pues es indudable saldrán mejor librados, y ganarán mucho más sus bolsillos.

—Tienes razón, Serapio, y eres casi casi tan sabio como yo; todo anda al revés en nuestro desgraciado y roído país.

—Pues ande V. que no piensan roer poco ahora á los pobres roperos, según me han informado, pues creo quieren prohibirles que vendan vareado ó igualarles para el pago de contribuciones á los grandes almacenes, y *aún* más que paguen el exceso de una á otra cuota, desde el establecimiento de sus tiendas, y habrá ropero que no tenga tanto capital como importaría aquel.

—Serapio, en eso sí que no te creo: sería asesinar impunemente á muchos de ellos y es imposible...

—Si es cierto ó no, no estoy seguro; pero pronto se habrá de ver, y si tal sucediera nos uniríamos nosotros con todos los roperos de Madrid, y chillaríamos hasta que se nos cayese la campanilla; ¿no es verdad, virtuoso tío?

—Sí, flexible sobrino, chillaremos; pero entretanto cúdame la beruga y vamos á descansar.

Cosas de España.

Serapio Papamoscas ha presenciado ayer lunes 31 de Julio, un lance digno de llamar la atención al señor director superior de policía. Viniendo por la calle de Jesús y María, á la una de la tarde, oyó una voz que gritaba, *al ladrón! al ladrón!* volvió la cara y vió un mozo como de 20 á 22 años, que corría delante de un caballero que era el que daba las voces: pudo al fin alcanzarle en la calle de Juanelo, ayudado de un salvaguardia, y delante de muchas personas se estrajo del pecho del criminal un buen pañuelo de seda, prenda que constituía el robo: hecha esta operación y después de haber recobrado su propiedad el robado, previno el salvaguardia al ratero que echase á andar delante, sin atender á las súplicas de este para que le dejase en libertad; y cuando todos creían que le iba á conducir á la cárcel para que purgase su delito, paróse el encargado de la seguridad pública y llamando al caballero se entabló entre ambos el diálogo siguiente:

Salvaguardia. Tiene V. algo que pedir contra este hombre?

Caballero. Yo nada.

Salvaguardia. Nada reclama V.? no quiere V. que se le castigue?

Caballero. Nada reclamo; ya tengo mi prenda y...

—Pues bien, dijo el salvaguardia volviéndose al criminal, vaya V. con Dios y cuidado otra vez con tener malos pensamientos, que eso de robar es muy feo y conviene no hacer esas cosas.

El ladronzuelo dió las gracias y tomó las de Villadiego.

Ahora bien, lectores míos: de más están ya en España los tribunales de justicia, los jueces, los magistrados, los alcaldes, etc. etc.; los salvaguardias por sí y ante sí administran justicia en medio de una calle, y con tal de que la parte ofendida nada reclame, queda todo concluido, y la vindicta pública satisfecha. Pobres de nosotros si este mal se arraiga! buen correctivo es para un ladrón el consejo de un salva-

guardial pero qué le hemos de hacer? estamos en España, y en este país todo es grande, todo admirable, todo sabio, todo justiciero... hasta la policía!... pobre patria!!!

Noticias de la Granja.

Corte 30 de Julio de 1848.

Queridísimo amigo mio: Sabes que se me figura? que no hay cosa mas tonta en este mundo que ser corresponsal de un periódico en este sitio; y el mal agrava si por casualidad el corresponsal es tonto; en este caso creo que no soy yo el único. Qué quieres que te diga? te he de hacer la descripcion de la fiesta del día 24? bien me puedo ahorrar este trabajo aconsejándote que leas *La España* del día 28: en ella encontrarás todo lo que quieras: ciencia, detalles, facundia, pureza; todo lo que quieras. ¡Lástima es que semejante narrador esté oscurecido en un rincón de la provincia de Segovia! Vale un Perú!

Digan lo que quieran los *ilustres* escritores, en ninguna parte del mundo se vejeta mas miserable y monótonamente que en este real sitio: á escepcion del fresco que suele hacer, menos cuando el calor arrecia, todo es aquí insoportable: los hombres se presentan con mas pedantería que en esa; no sé qué tienen estas aguas que *entontecen* maravillosamente las cabezas: el modesto artesano que en Madrid *es tratable*, aquí se figura un duque y apenas se digna saludar á sus iguales: el insípido escritorzuelo, ó el pobre negociante se creen en esta atmósfera reyes indios por lo menos. Y qué me cuentas del sexo flaco? en la coronada villa conocerás mil mugeres ataviadas con sencillo velo y un vestido cualquiera; las verás *muy accesibles*, como si dijéramos: pues arrímate á ellas en la Granja: la que menos lleva un gorro de gasa con siete plumas y un vestido forrado en terciopelo y llégate á hablarlas: te desconocen, querido; no tengas duda.

Para que veas hasta dónde llega la *neredad* de algunas señoritas, te citaré un ejemplo: ayer habia á mi lado una porcion de ellas en la fuente de la Reina, cuando llegó un mozalvete á saludarlas, pero antes que él moviese los labios, se apresuró una y le preguntó con las mismas letras y pronunciacion que te lo escribo.—Mosieur ¿cómo le porte usted?—¿Qué te parece, Serapio mio? ¿es comezon de hablar en francés sin entenderlo? Concluyo, porque si no sería el cuento de nunca acabar: el hombre de la gota cayó y le ha sustituido el asturiano; Dios nos la depare buena! hoy corre la voz por aquí de que del 3 al 4 regresará á esa la real familia. Adios, Serapio; memorias al pariente y no olvides á tu invariable.—*Canuto Poquillucosa*.

Un suscriptor del Papamoscas nos ha remitido los siguientes versos en contestacion á los que publicamos el martes último de D. Ramón Adame, dirigidos á las narices de su Serafina. Hemos titubeado largo tiempo en insertarlos, porque nos parecia peor el remedio que la enfermedad; pero al fin nos hemos decidido á ello con el particular objeto de aconsejar al enunciado suscriptor que no se meta en libros de caballería, y mucho menos en escribir versos, pues dá lugar á que el público los compare con los de Adame, en cuyo caso no sabemos quién saldrá perdiendo; las coplas dicen así:

A D. Ramon Adame.

Deja ya amigo la lira
Y vé á destripar terrones
O á manejar azadones
En el campo y en la egipta,
Y aun cuando á este oficio vayas
Cuida de mudar el nombre,
Pues causas risa á las sayas
Cuanto menos á los hombres.
De poeta no blasones,
Y dila á tu Serafina,
Que no quiera hombre gallina,
Pues tú no tienes calzones.
Adios, adios, Ramoncico,
Adios, ilustre poeta,
Adios, amoroso atleta,
Responde... que cierro el pico.

Un suscriptor.

El viernes en la tarde leimos en *La Prensa*, periódico... ¿de qué partido?... que se publica con notable aceptación en esta corte el párrafo que dice así:

Un papelito curioso. Al que quiera pasar un rato divertido, le aconsejamos la lectura de *El Papamoscas*, papelito curioso y entretenido, que se publica en esta corte, y que debe tener mucho mérito para los aficionados á comedias andaluzas. ¡Es mucho papel *El Papamoscas*!

Es mucho papel *La Prensa*!... decimos nosotros: ¡válganos Dios y qué cosas se ven en el mundo!... conquese *El Papamoscas* está escrito en andaluz?... Que esto lo hubiera dicho el almidonado Navarrete... el científico Pedroso... anda con la virgen de la Anunciacion... pero *La Prensa*!... un periodiquito tan cuco, tan bonito, tan guapo!... no lo comprendemos!... pues qué, ¿así se habrá olvidado de sus hijos el autor de *José Maria*, *De casta le viene al galgo*, y de *Bodas y entierros*?... si así ha sucedido, no lo estrañamos: se ven en este mundo tantos cambios, tantas anomalías, tanta inconsecuencia sobre todo!... así es, que no podemos menos de esclamar con el ilustre Moratin, aplicándolo á ese periódico, como él á su Fabio:

Apenas, *Prensa*, lo que dices creo;

y leyéndote al fin de cada día

mas me confundo cuanto mas te leo...

Pobre *Prensa*! pobre!... pobrecita!... bien dijo aquel que dijo cuando dijo: tal me verás que no me conocerás!...

Seria muy conveniente que durante la estacion calorosa, se nombrase una comision revisora de carnes, previniendo á los carniceros que arrojasen á una alcantarilla cualquiera las que se corrompiesen, aun cuando sean del mismo dia en que hayan muerto las reses. Sabemos de algunos que las están vendiendo en un estado bastante adelantado de putrefaccion, y esto afecta en gran manera la sanidad pública.

Se va á colocar en la fachada de la iglesia del Buen-Suceso un mag-

nífico reloj de esfera trasparente, que señalará hasta los minutos. Ya era tiempo.

Dícese que se ha suspendido el pago que estaba mandado de una mensualidad á las clases pasivas, por haber tenido el gobierno que abonar á D. Ramon María Narvaez, dos millones seiscientos mil reales por su casa calle de María Cristina, en que se vá á establecer una fábrica de moneda ¡pobres clases pasivas y pobre nacion! ¿si lo necesitaria el señor Narvaez para COMER como las viudas, huérfanos, retirados, etc., etc., etc., ¡viva la gallinita y viva con su pepita!...

La Prensa, con el poco disimulo que la caracteriza, sigue tocando el violon.

Debemos al señor jefe político un sincero voto de gracias por haber separado y suspendido de sus respectivos destinos al sereno del comercio de la calle de la Montera y celador de serenitos del mismo distrito, á causa de su falta de vigilancia: tambien se las damos por la multa impuesta al picador José Muñoz, en virtud de sus descuidos y *tumbonadas* en la penúltima corrida; y finalmente Papamoscas, que está pronto siempre á elogiar las acciones que lo merezcan, ensalza notablemente la de aquella autoridad al recompensar la actividad del celador D. Ambrosio Dominguez, en el descubrimiento del robo hecho al Sr. Cano. Si la conducta de todas las autoridades fuera como la del conde de Vista-hermosa en esta ocasion, seriamos mas felices de lo que somos.

Muy elogista está Papamoscas; si le habrán dado para ello alguna barrita de tuiron?

Circo de Paul.

Esta noche hay funcion: saldrá el enano D. Francisco con el sábio elefante Kiouni.

Advertencia.

No se admitirá en esta redaccion carta alguna que no venga franca de porte.

ANUNCIO.

En la calle de Bordadores, número 10, cuarto principal se encuentran un abundante surtido de abanicos de todas clases por mayor y menor, los cuales se darán estremadamente arreglados.

Se publica martes y viernes. Se suscribe en la redaccion, plaza de Isabel Segunda, núm. 6. — Librerías de Cuesta, calle Mayor; Rodríguez, calle de Carretas, núm. 4; almacén de música de Carrafa, calle del Principe, núm. 13, y en el almacén de papel de Ruiz, calle de Toledo, núm. 34.

Madrid. — Imprenta de J. M. Ducazcal, plaza de Isabel II, núm. 6. — 1848.